

que eran los generales Marmont y Gassendi, salieron por orden suya de París para tener preparadas aquellas sesenta piezas en los depósitos mencionados sin dejar traslucir dónde debían reunirse.

Sólo faltaba indicar el punto de reunión de todas aquellas fuerzas esparcidas. Si se hubiera querido guardar absoluto silencio sobre semejantes preparativos, no se hubiera conseguido por el contrario más que propagarlos, y ocurriósele al primer cónsul alucinar al enemigo con los mismos rumores que estaba causando, para lo cual mandó publicar en *El Monitor* un decreto de los cónsules creando un ejército de reserva que debía formarse en Dijón y componerse de sesenta mil hombres. Partió inmediatamente Berthier á dicho punto con el aparente objeto de comenzar su organización; se recordará, en efecto, que Berthier había vuelto al servicio con la entrada de Carnot en el ministerio de la Guerra. Hízose un llamamiento apremiante y patriótico á todos los antiguos voluntarios de la revolución que se habían restituido á sus hogares después de su primera ó segunda campaña, y se les solicitaba que acudiesen sin demora á Dijón. Envióse á este punto con mucha ostentación una pequeña parte de material con unos cuantos reclutas, y varios antiguos oficiales dirigidos al mismo lugar aparentaron ocuparse en la instrucción de los quintos. Los periodistas, á quienes no se permitía hacer mención de las cosas de la milicia sino con gran sobriedad y parsimonia, recibieron autorización lata para hablar del ejército que se organizaba en Dijón, y llenaron sus columnas de pormenores relativos á él. Bastaba eso para que afluyesen á dicho punto los espías de toda la Europa, que efectivamente acudieron en gran número.

Si las divisiones formadas en Nantes, Rennes y París con las tropas sacadas de la Vendée; si la división formada en Marsella, Tolón y Aviñón con los depósitos del ejército de Egipto, y si la artillería preparada en Besanzón, Ausonne y Brianzón con los recursos de estos arsenales, se hubiesen reunido todas en Dijón, el secreto del primer cónsul quedaba desvanecido, y todo el mundo hubiera creído en la existencia del ejército de reserva. Guardóse, pues, de hacerlo así, y encaminó aquellas divisiones sobre Ginebra y Lausanne por rutas diferentes, de tal modo que la atención pública no se fijase particularmente en ningún punto. Pasaron á los ojos de todos como refuerzos destinados al ejército del Rin, extendido desde Estrasburgo hasta Constanza, el cual podía muy bien parecer el objeto á que dichos refuerzos se encaminaban. Los preparativos del material dispuestos en los arsenales de Ausonne y de Besanzón pasaban por un suplemento de artillería destinado al mismo ejército; los que se estaban haciendo en Brianzón se creía perteneciesen á las tropas de la Liguria. Hizo el primer cónsul enviar barriles de aguardiente á Ginebra; esto tampoco descubría su objeto, dado que nuestro ejército de Alemania tenía establecida su base de operaciones en Suiza. Mandó fabricar en los departamentos ribereños del Ródano dos millones de raciones de galleta, destinadas al sustento del ejército de reserva en medio de la esterilidad de los Alpes. Un millón y ochocientos mil raciones pasaron secretamente el Ródano hacia Ginebra; enviaron doscientas mil con toda ostentación á Tolón para dar á entender que aquellas

provisiones tan desusadas se hacían para la marina. Finalmente, las divisiones que estaban en marcha, conducidas lentamente y sin fatiga hacia Ginebra y Lausanne (pues para hacer el tránsito tenían á su disposición la mitad de marzo y todo el mes de abril), iban proveyéndose por el camino de todo cuanto habían menester; de zapatos, vestuario, fusiles y caballos. El primer cónsul tenía señalada en su mente con toda firmeza la ruta que habían de seguir, y haciéndose cargo minuciosamente de la naturaleza de sus necesidades, hacía que encontrasen en cada uno de los lugares que iban atravesando, ya un socorro, ya otro, procurando cuidadosamente no llamar la atención con el cúmulo excesivo del material en un solo punto. Se cuidó también de que las oficinas de la guerra dejasen de entender en la correspondencia relativa á aquellos preparativos; quedó el secreto entre él y los comandantes de los diversos cuerpos, y para transmitir dicha correspondencia se echó mano de edecanes de toda confianza, que iban y volvían en posta, lo examinaban todo por sus propios ojos, lo hacían todo directamente á cubierto de las órdenes irresistibles del primer cónsul, é ignoraban por otra parte el plan general á que coadyuvaban.

Observábase el sigilo con toda escrupulosidad entre el primer cónsul, Berthier y dos ó tres generales de artillería y de ingenieros, á quienes había sido preciso iniciar en el plan de campaña. Ninguno de ellos hubiera sido capaz de revelarlo y de comprometer á Bonaparte, porque el secreto es un acto de obediencia tributado á los gobiernos en proporción del ascendiente que ejercen, y bajo este concepto no tenía el primer cónsul que temer la menor indiscreción. Los espías extranjeros que habían acudido á Dijón, viendo que sólo había allí unos cuantos reclutas, un escaso número de voluntarios y algunos oficiales viejos, echándola de diestros y sagaces escribieron á sus respectivas cortes que el negocio no presentaba el menor síntoma alarmante, y que sin duda el primer cónsul movía todo aquel ruido solamente para atemorizar al barón de Melas, impedirle que penetrase en las bocas del Ródano y persuadirle de que en el Mediodía de Francia daría con un ejército de reserva capaz de detenerle. Así lo entendieron todos los que se tenían por jueces en la materia, y los diarios ingleses aparecieron inundados de burlas y sarcasmos. Los dibujantes de caricaturas hicieron una que representaba al ejército de reserva bajo la figura de un niño llevando de la mano á un inválido que tenía una pierna de palo.

Era cuanto necesitaba el primer cónsul; en aquel momento, que se burlasen de él era su único deseo. Y entretanto sus divisiones avanzaban, su material de guerra se iba disponiendo en toda la frontera del Este, y ya en los primeros días de mayo un ejército improvisado estaba enteramente dispuesto á auxiliar á Moreau, ó á precipitarse por el lado opuesto de los Alpes y cambiar la faz de los acontecimientos.

No descuidó el primer cónsul la marina. Desde la correría que el almirante Bruix había hecho el año anterior por el Mediterráneo con las fuerzas combinadas de Francia y de España, la gran flota de su mando había vuelto á anclar en Brest. Componíase de quince navíos españoles y de unos veinte franceses, cerca de cuarenta entre todos, bloqueados en aquel momento

por veinte navíos ingleses. Invirtió el primer cónsul los primeros recursos pecuniarios que había conseguido reunir en remesar algunos víveres y parte de sus atrasos á aquella escuadra, enviándole orden de no dejarse bloquear aun cuando fueran treinta buques contra veinte, y de romper la línea enemiga en la primera coyuntura aunque fuera necesario empeñar un combate; la dió orden también de que si podía permanecer en el mar pasase el estrecho, se presentase delante de Tolón, reuniese á ella algunos buques que llevaban en su cargamento socorros al Egipto, y fuese en seguida á hacer levantar el bloqueo de Malta y Alejandría. Bastaba el solo comercio, una vez abierto el camino, para volver á abastecer de vituallas á las guarniciones francesas extendidas en las costas del Mediterráneo.

Tales fueron los cuidados consagrados por el primer cónsul á los negocios militares mientras se ocupaba con Sieyes, Cambaceres, Talleyrand, Gaudin y otros partícipes de sus tareas en reorganizar el gobierno, restablecer la hacienda, introducir una administración civil y judicial y negociar con la Europa. Mas no estaba todo reducido á proyectar planes y preparar su ejecución; tenía además que penetrar á sus lugartenientes de sus ideas, y éstos, aunque sometidos á su autoridad consular, no se mostraban siempre á la sazón tan completamente subordinados como lo fueron después cuando con el título de mariscales del imperio obedecían á un emperador. Al ver Moreau el plan que se le señalaba se trastornó su ánimo flemático é irresoluto; la magnitud de la empresa confiada á su capacidad le dejó atemorizado. Hemos hablado ya del país donde debían verificarse sus operaciones; el Rin, dijimos, corre del Este al Oeste, de Constanza á Basilea, y tuerce en este último punto para llevar sus aguas al Norte, pasando por Brisach, Estrasburgo y Maguncia. El ángulo que allí describe está ocupado por la Selva Negra, país montañoso y de vegetación robusta, cortado en desfiladeros que conducen del valle del Rin al valle del Danubio. Los ejércitos francés y austriaco venían á formar en cierto modo los tres lados de un triángulo: el ejército francés ocupaba dos, de Estrasburgo á Basilea y de Basilea á Schaffhouse, y el austriaco uno, de Estrasburgo á Constanza. Tenía, pues, éste la ventaja de poderse reconcentrar más fácilmente. Mr. de Kray, que apoyaba su izquierda mandada por el príncipe de Reuss en las cercanías de Constanza, su derecha en los desfiladeros de la Selva Negra hasta cerca de Estrasburgo, y su centro en Donau-Eschingen, punto de intersección de todos los caminos, podía reunirse rápidamente delante del punto mismo que eligiese Moreau para pasar el Rin, ya fuese entre Estrasburgo y Basilea ó bien entre Basilea y Constanza. Esta era la causa de los temores del general francés; temía que si Mr. de Kray se llegaba á presentar en masa delante de su paso, podría hacerle imposible y aún quizás desastroso.

El primer cónsul no participaba de tales temores: creía por el contrario que el ejército francés podía muy fácilmente caer sobre el flanco izquierdo de Mr. de Kray y derrotarle. Deseaba para esto, como hemos dicho ya, que aprovechando la elevación del Rin que le cubría, subiese de improviso por el río arriba, se reuniese entre Basilea y Schaffhouse, echase cuatro puentes en una mañana con barcas secretamente dispuestas en sus con-

fluencias, y se presentase en número de ochenta á cien mil hombres entre Stokach y Donau-Eschingen, embistiendo por el flanco á Mr. de Kray, separándole de la reserva y del ala izquierda, y arrojando sus restos hacia el alto Danubio. Creía que ejecutando esta operación con prontitud y vigor podía quedar derrotado el ejército austriaco de Alemania. Lo que hizo más adelante partiendo de otro punto, pero en el mismo lugar, en las cercanías de Ulm, y lo que hizo aquel mismo año por el monte San Bernardo, prueban que su plan no tenía nada de impracticable. Juzgaba que el ejército francés, no maniobrando en suelo enemigo, puesto que había de subir por la orilla izquierda del río, y no teniendo más que proseguir su marcha sin combatir, podría con ciertas precauciones adelantarse en dos ó tres jornadas á Mr. de Kray, y llegar al paraje en que había de verificar el paso antes que este general lograra reunir los medios de estorbárselo.

Este era el plan que no cabía en la comprensión de Moreau, poco avezado á tan atrevidas combinaciones. Temía que advertido á tiempo Mr. de Kray cayese con toda su fuerza sobre el ejército francés y le precipitase al río. Prefería aprovechar los puentes que había ya en Estrasburgo, Brisach y Basilea, para presentarse en varias columnas sobre la orilla derecha; quería también dividir la atención de los austriacos, llamarlos principalmente hacia los desfiladeros de la Selva Negra que correspondían con los puentes de Estrasburgo y de Brisach, y después de haberlos empeñado en ellos, ocultarse de repente, ir adelantando por la orilla del Rin con las columnas que le hubieran atravesado, y apostarse delante de Schaffhouse para proteger el paso del resto del ejército.

El plan de Moreau no carecía de mérito, pero tampoco estaba libre de dificultades de mucha monta, porque si bien tendía á evitar el peligro de un solo paso ejecutado en masa, tenía por otra parte el inconveniente de que dividiendo aquella operación dividía también las fuerzas, arriesgaba en suelo enemigo dos ó tres columnas destacadas y las hacía ejecutar una marcha de costado peligrosa hasta llegar á Schaffhouse, donde habían de proteger el último y más importante paso del río. Tenía finalmente este plan la desventaja de producir pocos ó ningunos resultados, porque según él no podía el ejército francés caer de una vez en masa sobre el flanco izquierdo del mariscal de Kray, que hubiera sido el único medio de acorralar al general austriaco y de dejarle incomunicado con la Baviera.

Es por cierto digno de atención en la historia el espectáculo que presentan estos dos hombres, opuestos entre sí en una circunstancia de tanto interés que pone en evidencia de una manera tan conspicua las diversidades de su carácter y talento. El plan de Moreau, como casi siempre sucede con todos los proyectos de los hombres de segundo orden, no tenía más que las apariencias de la madurez y de la prudencia; pero podía lograr buen éxito en su ejecución, porque la ejecución, y no nos cansaremos de repetirlo, lo disculpa todo, dejando á veces fallidas las mejores combinaciones y haciendo que se logren las más disparatadas. Persistía, pues, Moreau en sus ideas, y queriendo el primer cónsul persuadirle por medio de un tercero idóneo para el caso, llamó á París al general Dessoles, jefe de esta-

do mayor del ejército de Alemania, hombre sagaz, conciliador, perspicaz y digno de servir de vínculo entre dos hombres tan poderosos y quisquillosos, porque era propenso á promover la reconciliación entre sus superiores, inclinación que los subordinados no suelen tener. Llamóle, pues, el primer cónsul á París hacia mediados de marzo (fines de ventoso), y le detuvo allí muchos días. Después de haberle explanado sus ideas y de hacérselas comprender perfectamente, consiguió que le manifestase Dessoles que eran muy preferibles á las de Moreau; pero no por eso dejó de aconsejar al primer cónsul que adoptase el plan de éste, encareciéndole la necesidad de que el jefe que opera obre según sus ideas y su carácter, y mucho más siendo digno del mando que se le había confiado. «Su plan de usted, dijo al primer cónsul, es más grande, más decisivo y probablemente más seguro, pero no es ajustado al genio del que debe ejecutarlo. Usted tiene un modo de hacer la guerra superior á todos; Moreau tiene el suyo, inferior al de usted sin duda, pero de todos modos excelente. Déjele usted obrar y lo hará bien; será quizás prolijo, pero seguro, y le proporcionará á usted cuantos resultados haya menester para el buen éxito de sus combinaciones generales. Si por el contrario le obliga usted á seguir sus ideas, le hará usted vacilar y obrar con inseguridad, le humillará usted en cierto modo, y no logrará de él nada por haber exigido demasiado.» El primer cónsul, tan versado en el conocimiento de los hombres como en el de la guerra, estimó la prudencia de los consejos del general Dessoles y cedió en su intento. «Tiene usted razón, le dijo; Moreau no es capaz de comprender debidamente y ejecutar el plan que yo he concebido; haga, pues, lo que quiera, con tal que reduzca al mariscal de Kray á Ulm y Ratisbona, y que después envíe á tiempo su ala derecha hacia Suiza. El plan que él no comprende y que no se atreve á realizar, yo lo llevaré á cabo, yo solo, en otra parte del teatro de la guerra. Lo que él no se atreve á hacer con el Rhin voy yo á hacerlo con los Alpes, y algún día quizás llorará la gloria que me abandona.» Palabras soberbias y memorables que encerraban una completa profecía militar, como veremos en breve (1).

Abandonando al arbitrio de Moreau el modo de pasar el Rhin, faltaba arreglar todavía otro punto. Mucho hubiera deseado el primer cónsul que el ala derecha mandada por Lecourbe quedase de reserva apostada en el territorio suizo, dispuesta á acudir de refresco á Moreau caso de necesitarlo, y que no penetrase en Alemania no siendo allí su presencia absolutamente indispensable, á fin de no tener que retroceder para encaminarse hacia los Alpes. Sabía por otra parte cuán difícil es arrancar á un general en jefe un destacamento de su ejército una vez comenzadas las operaciones. Insistía Moreau en que permaneciese en él Lecourbe, comprometiéndose á mandárselo al general Bonaparte así que hubiera logrado arrojar al mariscal de Kray sobre Ulm. El primer cónsul, resuelto ya á concederle todo para conservar la buena armonía, accedió á su deseo, pero exigió de Moreau que firmase un convenio prometiéndole que después de arrojar á los austriacos sobre Ulm

(1) Siendo joven tuve el honor de oír esta relación de los mismos labios del general Dessoles.

destacaría á Lecourbe con veinte ó veinticinco mil hombres hacia los Alpes. Firmóse este convenio en Basilea por Moreau y por Berthier, revestido este último con el carácter de general en jefe del ejército de reserva.

Salió de París el general Dessoles después de haber arreglado completamente con el primer cónsul los puntos en cuestión. Todos quedaban de acuerdo, todo estaba dispuesto para entrar en campaña y convenía dar principio inmediatamente á las operaciones, para que desempeñada con tiempo por Moreau la parte del plan que le correspondía, pudiese el primer cónsul caer por el otro lado de los Alpes y socorrer á Massena antes que fuese derrotado en su desigual lucha de treinta y seis mil hombres contra ciento veinte mil. Proponíase el primer cónsul que Moreau maniobrase á mediados de abril ó lo más tarde á fines del mismo mes; pero sus instancias eran vanas; Moreau no estaba dispuesto y no tenía ni la actividad ni el don de recursos que suplen la insuficiencia de los medios. Mientras él demoraba, los austriacos, fieles á su plan de tomar la iniciativa en Italia, se arrojaban sobre Massena y empeñaban con este general una lucha que la desigualdad de las fuerzas ha hecho digna de eterna memoria.

El ejército de la Liguria contaba todo lo más unos treinta y seis mil hombres en estado de servicio activo y distribuídos del modo siguiente:

Unos trece ó catorce mil hombres al mando del general Suchet formaban el ala izquierda del ejército y ocupaban el collado de Tenda, Niza y línea del Var. Un cuerpo destacado de esta ala, de unos cuatro mil hombres á las órdenes del general Thureau, estaba apostado sobre el monte Cenís; eran, pues, unos diez y ocho mil hombres los que guarnecían la frontera de Francia desde el monte Cenís al collado de Tenda.

Diez ó doce mil hombres, mandados por el general Soult, formaban el centro del ejército, y defendían los dos principales desfiladeros del Apenino, el que cae hacia Savona y Finale atravesando el alto Bórmida, y el de la Bocchetta que corresponde con Génova.

Unos siete ú ocho mil hombres, á las órdenes del intrépido Miollis, custodiaban á Génova y un collado frontero á esta ciudad por el lado opuesto al de la Bocchetta, de modo que la segunda mitad de aquel ejército, compuesta de unos diez y ocho mil hombres al mando de los generales Soult y Miollis, defendía el Apenino y la Liguria. El peligro de una incomunicación entre estas dos mitades, la que ocupaba á Niza y la que ocupaba á Génova, era evidente. Los treinta y seis mil franceses tenían frente por frente á los ciento veinte mil austriacos del barón de Melas, todos de refresco, bien mantenidos y provistos de vituallas, merced á la abundancia de todo género que en Italia reina y á los subsidios que la Inglaterra mandaba al Austria. El general Kaim con la artillería de grueso calibre, la caballería y un cuerpo de infantes, entre todos cincuenta mil hombres, había quedado en el Piamonte para servir en él de retaguardia y observar los desfiladeros de la Suiza. El barón de Melas al frente de setenta mil hombres, la mayor parte de infantería, se había adelantado hacia las gargantas del Apenino, y tenía además de la superioridad del número la ventaja de hallarse en posición concéntrica, porque Massena se veía precisado con treinta

mil hombres (apostados los restantes en el monte Cenís) á guarnecer el semicírculo que forman los Alpes marítimos y el Apenino de Niza á Génova, cuya circunferencia no baja de cuarenta leguas. El general Melas, por el contrario, situado allende los montes en el centro de dicho semicírculo entre Coni, Ceva y Gavi, no tenía que andar sino muy poco para dirigirse á cualquiera de los puntos que quisiera acometer. Podía además muy fácilmente amagar por un lado y cargar después en masa sobre otro con toda rapidez, al paso que Massena tenía que recorrer cuarenta leguas para acudir desde Niza á Génova, y desde Génova socorrer á Niza.

En este conjunto de circunstancias estaban fundados los consejos que dió el primer cónsul á Massena, que expusimos ya de una manera general, pero que es preciso ahora referir con más detenimiento. Tres caminos accesibles á la artillería conducían del uno al otro recuesto de los montes: el que conduce á Niza y al Var por Turín, Coni y Tenda; el que atravesando el valle de Bórmida cae por el collado de Cadibona sobre Savona, y finalmente el de la Bocchetta, que descende por Tortona y Gavi al valle de Polcevera sobre la izquierda de Génova. El peligro estaba en que el barón de Melas cargase en masa sobre la garganta ó camino del medio, separase en dos el ejército francés y le arrojase la mitad sobre Niza y la otra mitad sobre Génova. Atento á este peligro, dirigía el primer cónsul á Massena en cartas llenas de una admirable previsión (5 y 12 de marzo) instrucciones cuya substancia venía á ser esta. «Guárdese usted, le decía, de formar una línea demasiado extensa; economice usted su gente sobre los Alpes y en el collado de Tenda, donde le ofrecen natural defensa las nieves. Deje usted algunos destacamentos en Niza y en los fuertes de sus cercanías, y conserve cuatro quintas partes de sus fuerzas en Génova y sus alrededores. El enemigo se le presentará á usted sobre su derecha hacia Génova y sobre su centro hacia Savona, y quizás por ambos puntos á la vez. Rehuse usted uno de los dos ataques, y arrójese con todas sus fuerzas reunidas sobre una de las columnas del enemigo. El terreno no le permitirá valerse de su superioridad en la artillería y caballería; sólo podrá atacar con la infantería, pero la de usted es infinitamente superior á la suya, y favorecida por la naturaleza del paraje podrá suplir al número. En este país quebrado, maniobrando bien puede usted con treinta mil hombres batir á sesenta mil, y para conducir sesenta mil peones á la Liguria necesita Melas disponer de noventa mil, lo cual supone un ejército total de ciento veinte mil hombres por lo menos. Melas no tiene ni la actividad ni los talentos de usted; no hay, pues, por qué temerle: si aparece por Niza estando usted en Génova, déjele usted seguir su marcha y no decaiga su ánimo, que él no se atreverá á hacer largas marchas cuando usted permanezca en la Liguria, dispuesto á caer sobre sus espaldas ó sobre las tropas dejadas en el Piamonte.»

Varias causas impidieron que Massena siguiese estos sabios consejos. En primer lugar, se vió sorprendido por la brusca irrupción de los austriacos antes de haber podido rectificar la colocación de sus tropas y tomar las disposiciones definitivas; en segundo lugar, no tenía bastantes provisiones en la ciudad de Génova para reunir en ella todo su ejército. Temeroso de consumir los

viveres tan necesarios para la plaza en caso de asedio, proponíase echar mano de los recursos de Niza, que eran mucho más abundantes; y finalmente, no podemos menos de confesarlo, no estaba bien penetrado Massena de toda la importancia de las instrucciones de su jefe para vencer los inconvenientes, muy positivos por cierto, de una concentración general sobre Génova. Era quizás Massena el primero de los generales de aquel tiempo en el campo de batalla; por su carácter se hallaba al par de los generales de más tesón y perseverancia de todas las épocas; pero aunque tenía gran talento natural, el alcance de sus miras no correspondía con su perspicacia ni con la energía de su ánimo.

Faltáronle, pues, el tiempo, los viveres y la previsión, y no se reconcentró oportunamente sobre Génova, y fué sorprendido por los austriacos. Entraron éstos en acción el 5 de abril (15 germinal), mucho antes de la época en que se conceptuaba que se renovarían las hostilidades. Adelantóse el barón de Melas con unos sesenta á setenta y cinco mil hombres para forzar la sierra del Apenino. Sus lugartenientes Ott y Hohenzollern embistieron con veinticinco mil hombres á Génova; el general Ott con quince mil subiendo por el Trebbia asomó por los collados de Escofera y de Monte-Creto que caen hacia la derecha de Génova, y el general Hohenzollern con diez mil hombres desembocó sobre la izquierda de dicha plaza con amago á la Bocchetta. El barón de Melas al frente de cincuenta mil hombres fué por el Bórmida arriba y atacó simultáneamente todas las posiciones del camino que llamamos del medio, que conduce de Cadibona á Savona. Su intento era, como lo había previsto el primer cónsul, forzar nuestro centro y separar á los generales Suchet y Soult, que se daban la mano por aquel punto. Trabóse un reñido combate desde el nacimiento del Tánaro y del Bórmida hasta las escarpadas cimas que flanquean á Génova. Los generales Elsnitz y Melas sostuvieron combates encarnizados contra el general Suchet en Rocca Barbená, en Sette-Pani, en Melogno y en San Jaime; y contra el general Soult en Montelegino, en Estella, en Cadibona y en Savona. Sacando partido los soldados de la república de aquel país montañoso y escudándose con todos los accidentes del terreno, se defendieron con incomparable valor y ocasionaron al enemigo una pérdida tres veces mayor que la suya, pues sus fuegos se hundían en las masas compactas y apiñadas de los austriacos; pero obligados á combatir sin tregua con tropas que siempre se renovaban, tuvieron que ceder el campo, vencidos por el trabajo y la fatiga más que por el esfuerzo del contrario. Los generales Suchet y Soult se vieron precisados á separarse y á replegarse el uno hacia Borghetto y el otro hacia Savona. Quedó, pues, cortada la línea francesa como era fácil prever, y la mitad del ejército de la Liguria fué arrojada sobre Niza, reducida la otra mitad á guarecerse en Génova.

Hacia esta ciudad las acciones se habían equilibrado por entrambas partes. El ataque de la Bocchetta intentado por el conde de Hohenzollern con tropas harto escasas para vencer á los franceses, es decir, con unos diez mil hombres contra cinco mil, fué rechazado por la división de Gazán; pero á la derecha de Génova, hacia las posiciones de Monte-Creto y Escofera que dan acceso al valle del Besagno, el general Ott, vencedor de

la división de Miollis que no podía oponer ni cuatro mil hombres siquiera á una masa de quince mil, descendió por el recuesto del Apenino, y envolviendo todos los fuertes que protegen á la ciudad, enarboló la bandera austriaca á vista de los genoveses consternados. La escuadra inglesa, maniobrando al mismo tiempo, les mostró izado el pabellón británico. Si bien los habitantes de la ciudad eran patriotas y partidarios de los franceses, los moradores de los valles circunvecinos, adictos al partido aristocrático como los calabreses en el reino de Nápoles lo eran á la reina Carolina y como los vandeanos en Francia lo eran á los Borbones, se levantaron á vista de los soldados de la coalición y tocaron á sonar en todas las aldeas. Un cierto barón de Aspres, empleado en el servicio imperial y hombre que gozaba de alguna influencia en la comarca, los excitaba á la insurrección. El 6 de abril por la noche, los desgraciados pobladores de Génova, viendo sobre las montañas de las cercanías las lumbres de los austriacos y flotando al viento en la mar el pabellón de los ingleses, empezaron á temer que la oligarquía, alborozada ya con la próxima victoria, volviese á recobrar en pocos días todo su aborrecido imperio.

Pero el intrépido Massena estaba con ellos; aunque separado del general Suchet por el ataque dirigido contra su centro, contaba aún con quince á diez y ocho mil hombres, y fortalecido con semejante guarnición podía desafiar al enemigo, cualquiera que fuese, á derribar á su vista las puertas de Génova.

Para que se comprendan bien las operaciones que el general francés ejecutó en aquel memorable asedio, es preciso describir el teatro en que estaba colocado. Está situada Génova en la misma extremidad de un hermoso golfo que lleva su nombre, á la vera de una de las vertientes del Apenino.

Esta vertiente que se adelanta del Norte al Mediodía, con aguas á uno y otro lado, se divide antes de sumergirse en ellas en dos lenguas ó ramales, dirigido el uno hacia el Levante y el otro hacia el Poniente, formando así un triángulo inclinado cuyo vértice está prendido al Apenino y cuya base se interna en el mar. Hacia la base de este triángulo, y por supuesto con la irregularidad ordinaria de la naturaleza, se asienta Génova desplegando sus calles prolongadas, guarnecidas de magníficos palacios. Mucho hicieron para su defensa la naturaleza y el arte de consuno; porque del lado de la mar dos muelles que se dirigían el uno al encuentro del otro casi hasta cruzarse, formaban su puerto y la protegían contra las escuadras enemigas, y por el lado de la tierra una primera muralla con bastiones ceña y estrechaba la parte fabricada y poblada de la ciudad. Una segunda muralla, más ancha y fortalecida con bastiones como la precedente, se extendía por las alturas que según dejamos apuntado describen una figura triangular alrededor de Génova. Los fuertes de la Espuela y del Diamante, dispuestos y escalonados el uno sobre el otro, ocupaban el vértice de dicho triángulo y protegían con sus fuegos flanqueadores todo el conjunto de la fortificación.

Pero aún se había hecho más para contener el enemigo á gran distancia. Volviendo la espalda á la mar y mirando á Génova, queda el Levante á la derecha y el Poniente á la izquierda. Dos ríos de poco caudal, el Besagno al Levante ó sea á la derecha, y el Polcevera

al Poniente ó sea á la izquierda, bañan los dos costados de la muralla exterior. Baja el Besagno de aquellas mismas alturas de Monte-Creto y de Escofera, que es preciso salvar cuando se viene por el recuesto del Apenino subiendo el Trebbia. El lado del valle del Besagno opuesto á la ciudad se llama de Monte-Ratti, y presenta diversas posiciones, desde cuya cima pudieran causarse grandes daños á Génova á no hallarse ocupadas; por eso las coronan tres fuertes, el de Quezzi, el de Richelieu y el de Santa Tecla. Por el contrario, el valle del Polcevera, que cae á la izquierda de Génova empezando en las alturas de la Bocchetta, no ofrece ninguna posición dominante que debiera el arte ocupar para proteger á la ciudad. Hay empero un arrabal dilatado, situado á la orilla de la mar y llamado San Pedro de Arena, cuyas casas hacinadas ofrecían útil y cómoda defensa.

Presentaba, pues, la fortificación de Génova un triángulo de unos quince grados con el horizonte, de nueve mil toesas de extensión, unido por su vértice con el Apenino, bañado en su base por la mar y tocando sus dos lados con el Besagno al Levante, y al Poniente con el Polcevera. El fuerte de la Espuela y sobre éste el del Diamante cubrían su cúspide: los fuertes de Richelieu, de Santa Tecla y de Quezzi impedían que los flancos del Monte-Ratti vomitasen fuegos destructores sobre la ciudad de los palacios de mármol.

Tal era Génova á la sazón; tales eran sus medios de defensa, muy perfeccionados de entonces acá por el arte, el tiempo y las contribuciones impuestas á Francia.

Massena podía reunir todavía diez y ocho mil hombres. Si con semejante guarnición en una plaza tan fuerte hubiese tenido víveres en cantidad suficiente, hubiera sido invencible. Veamos ahora cuánto puede el carácter en la guerra para reparar un error de cálculo ó una imprevisión.

Resuelto Massena á oponer al enemigo una resistencia enérgica, quiso verificar sobre la marcha dos cosas de suma importancia; consistía la primera en repeler á los austriacos que estrechaban á Génova al otro lado de los Apeninos, y la segunda en reunirse con el general Suchet por medio de una maniobra combinada con este general á lo largo del camino de la Cornisa.

Para realizar su primer designio tenía que atraer á los austriacos á lo largo del Besagno por un lado y del Polcevera por el otro, y arrojarlos luego por el Monte-Creto y por la Bocchetta hacia el recuesto de los montes por donde habían venido. Sin perder un momento y al día siguiente de su primera aparición, es decir, el 7 de abril (17 de germinal), hizo una salida de Génova por el costado de Levante y atravesó el valle del Besagno seguido por la valiente división de Miollis, la misma que la antevíspera había tenido que replegarse ante las fuerzas harto superiores del general Ott. La reforzó con una parte de la reserva, y poniéndose á su frente emprendió su marcha en dos columnas: la de la derecha, á las órdenes de d'Arnaud, iba costeano el mar con dirección á Quinto; la de la izquierda, al mando de Miollis, se dirigía sobre las rocas escarpadas del Monte-Ratti. Una tercera columna, mandada por el general Petitot, subía por el valle arriba del Besagno que circula la falda del Monte-Ratti. Fué tal la precisión y exactitud de los movimientos de estas dos columnas, que sus descargas se oyeron

en un instante mismo en todos los puntos á la vez. El general d'Arnaud por un recuesto y el general Miollis por el otro atacaron las alturas del Monte-Ratti con indecible energía. La presencia de Massena y el deseo de vengarse de la sorpresa de la víspera llenaban de coraje á los soldados. Fueron los austriacos repelidos á los torrentes y perdieron todas sus posiciones. El general d'Arnaud se empeñó más, y llegó por sobre las altas crestas á la misma cumbre del Apenino, asomando por el collado de Escofera. Massena, seguido de algunas compañías de reserva, descendió al valle del Besagno para unirse con la columna de Petitot, la cual con aquel refuerzo rechazó por todas partes al enemigo y se dirigió por el río arriba á segundar el movimiento del general d'Arnaud sobre Escofera. Precipitados los austriacos por aquellos tortuosos valles, dejaron en poder de Massena mil quinientos prisioneros, y á su cabeza aquel barón de Aspres que hostigaba á la insurrección á los campesinos de Fonte-Buona.

Quando al caer la noche de aquel mismo día volvió Massena á Génova después de haber libertado á sus habitantes de la vista de sus enemigos, y conduciendo prisionero al oficial cuya próxima entrada triunfal se les había anunciado, extremado fué el júbilo de la población patriota, que era la más numerosa. Recibiósele con aclamaciones; dispuso el vecindario angarillas para conducir á los heridos y vino y caldos para alimentarlos: todos se disputaban el honor de recibirlos.

Después de este acto de vigor por el lado de Levante, que era el que más convenía desembarazar, puesto que sólo por aquella parte amagaban los austriacos muy de cerca, quiso Massena aprovecharse de aquella última ventaja para tentar un esfuerzo por el Poniente, es decir, con dirección á Savona, y restablecer por este medio sus comunicaciones con el general Suchet.

Para proteger á Génova durante su ausencia dividió las tropas que le quedaban en dos cuerpos: el uno de derecha al mando de Miollis, y el otro de izquierda al mando de Soult. El cuerpo del general Miollis estaba destinado á custodiar á Génova con dos divisiones; la división de d'Arnaud había de defender el costado de Levante frontero al Besagno, y la de Spital el de Poniente frontero al Polcevera. El cuerpo de la izquierda, al mando de Soult, debía resistir el ataque con las dos divisiones de Gardanne y de Gazán. Con esta fuerza de unos diez mil hombres proyectaba Massena aproximarse á Savona, mandando á Suchet por medio de un aviso secreto que intentase un movimiento simultáneo hacia el mismo punto. Se envió á la división Gardanne á lo largo de la ribera del mar, y á la de Gazán hacia las crestas del Apenino con intención de que viendo el enemigo divididos á los franceses en dos columnas, se dividiesen también. Maniobrando en seguida con celeridad en aquel terreno que conocía muy bien, quería Massena según las circunstancias reunir sus dos divisiones en una sola para caer, ya en las alturas del Apenino, ya en la ribera de la mar, sobre la división enemiga que estuviera más expuesta á sus golpes. Mandaba él en persona la división de Gardanne, y confió la de Gazán al general Soult; su proyecto era seguir el litoral por Voltri, Varaggio y Savona, mientras su lugarteniente Soult se dirigía sobre Sassello subiendo por Aqua Bianca y San Pedro del Alba.

El día 9 de abril por la mañana comenzaron nuestras tropas un movimiento. Quería el barón de Melas, después de haber separado en dos el ejército francés, encerrar á Massena en Génova y reducir al mismo tiempo su propia línea, que era demasiado extensa, pues abrazaba un espacio de quince leguas por lo menos desde el valle del Tánaro hasta el del Trebbia. Encontráronse los dos ejércitos en un movimiento, y resultó empeñarse en aquel terreno tan quebrado la lucha más encarnizada y confusa. Mientras Massena se adelantaba en dos columnas, el barón de Melas marchaba en tres, y el conde de Hohenzollern formando una cuarta columna intentaba otro ataque sobre la Bocchetta. Iban á venir á las manos diez mil franceses con más de cuarenta mil enemigos.

Desfilando el general Soult por Voltri, advirtió sobre su derecha á los austriacos que habían atravesado la Bocchetta y coronaban las alturas circunvecinas. Llegados á un paraje llamado Aqua Santa, podían amagar por la retaguardia á las columnas francesas y cortarles la vuelta de Génova. Juzgó prudente el general Soult desalojarlos, y los provocó á un combate brillante, en que el coronel Moutón, después mariscal y conde de Lobau, comandante de la tercera media brigada, se condujo con valor heroico. El general Soult se apoderó de varios cañones, hizo prisioneros, y atravesando una nube de enemigos logró llegar á la senda montañosa de Sassello. Entretanto el tiempo invertido en este combate, que sin embargo no estorbó los progresos ulteriores de los austriacos sobre la retaguardia de nuestras columnas, era causa de que el general Soult no pudiese llegar á Sassello al otro lado del Apenino al tiempo en que el general Massena le esperaba. Había éste continuado su marcha á lo largo del mar, y al otro día, 10 de abril, se hallaba en las cercanías de Varaggio formado en dos columnas, é intentando ponerse en comunicación por las alturas con la división del general Soult, á quien suponía en Sassello. El enemigo, cuyas fuerzas eran diez veces mayores que las nuestras, trató de envolver las dos pequeñas columnas de Massena y especialmente la de la izquierda, que mandaba en persona. Contando éste con el auxilio de la columna de la derecha y con el movimiento del general Soult hacia Sassello, resistió largo tiempo con mil doscientos hombres á un cuerpo de ocho á diez mil, y desplegó en aquella ocasión extraordinaria firmeza; pero obligado á tocar retirada, y habiendo perdido de vista á su columna de la derecha, que quedó rezagada por causa de una distribución de víveres tardía, se lanzó en su busca atravesando espantosos precipicios y abriéndose paso por entre las bandas de los lugareños insurreccionados. Consiguió reunirse con ella y la condujo hacia el punto donde se hallaba el resto de la división de Gardanne, que no había cesado de costear la mar por Varaggio y Cogoletto. La dificultad de reconcentrar los movimientos en medio de tan numerosos enemigos y en un país tan quebrado, fué la causa de que no se reuniesen á tiempo el cuerpo del general Soult y el del general Massena, y resolvió éste juntar sus tropas, trepar por la derecha á la cumbre del Apenino, reunirse á su lugarteniente y caer juntos sobre los cuerpos austriacos dispersos por aquellos valles. Pero nuestras tropas fatigadas se habían diseminado por los caminos y no podían reunirse á tiempo; él entonces to-